

Prologo

Al principio, no había nada. El mundo era un lugar negro, lleno de oscuridad donde no había ni un asomo de vida, y lo que era aún peor, no había ni un atisbo del Hyacintho , el fuego azul, la llama de la vida. Pero si había algo de luz, de las estrellas blancas, más blancas de lo que ahora se denomina nieve, más blancas que las nubes. Y no eran estrellas cualesquiera como las de nuestra actual bóveda celeste. No. Aquellas estrellas eran especiales, y ancestrales, además de que poseían magia en su interior. Una magia muy antigua, más antigua que todo nuestro universo y el de Hyacintho.

Ocurrió que, en algún momento de aquél tiempo, una de aquellas estrellas se preguntó como brillarían las demás, pues tal era su luz, que no podía observar más allá de si misma. Entonces, decidió hacerse una con la oscuridad, y se fundió en su manto; apagándose como la llama de una vela ante una suave brisa. Su luz fue atenuándose hasta no ser nada. Sólo entonces, cuando ya no se encandilaba a sí misma, se presentó ante sus ojos el espectáculo lumínico que representaban el resto de sus hermanas.

Brillaban tanto que le dolía mirarlas. Eran bellas, y poseían distintas formas. Cada una tenía una magia distinta, como ya he dicho, más antigua que todo. Sucedió que, otra estrella se percató de su apagón. Preocupada, observaba todo el tiempo a su congénere, apagada y sin luz. No entendía qué sucedía.

Ese fue el momento cuando nuestra estrella se percató de que una de entre todas las estrellas, había posado sus ojos en ella. Así pues, decidió, secretamente, observarla ella también. Las dos estrellas se miraban continuamente, y entre ellas empezaba a surgir una atracción, que las acercaba cada vez más... Una apreciaba la luz y la vida de la otra, y la otra apreciaba la oscuridad y curiosidad de su compañera.

Parecerá extraño, pero las estrellas no poseen sexo, ni forma. Tan sólo son una luz con magia en su interior, claro que, si así lo desean, pueden adoptar una forma terrenal como la nuestra pero en realidad son sólo eso: magia en estado puro.

Poco a poco, los dos astros iban sintiendo curiosidad, y se acercaban un poco más cada vez, atrayéndose como los polos positivo y negativo de dos imanes. Así fue como llegado su tiempo, las estrellas estaban a tan sólo un palmo de distancia. Entonces colisionaron con fuerza, estrellándose la una contra la otra, y fundiéndose en una sola. La luz compartió su belleza con la oscuridad, y ésta compartió un poco de su opacidad con la luz. Cuando ambas se juntaron y compartieron su magia, explotaron, en un fuego azul, caliente y frío, luminoso y oscuro. Aquél fuego, atrajo rápidamente a todas las demás estrellas, que, como ya he dicho, poseían distintas y complicadas magias. Cada una fue colisionando contra el recién cread fuego azul, fundiéndose en un núcleo. Ese núcleo fue rodeado pronto por más energía proveniente de la magia ancestral de los cuerpos celestes, formando una

capa de tierra, una de aire, y luego agua, que se extendió sobre la tierra formando mares y lagos.

De esa increíble fuente de poder comenzaron a crecer plantas, y criaturas. Criaturas muy diferentes entre sí, pero que compartían entre ellas la magia de las dos estrellas madres, causantes de la creación de Hyacintho, aquel fuego azul.

Aquellas raras y complejas criaturas se extendieron rápidamente por todo el mundo. Poblaron todos los rincones y elementos conocidos, como el fuego, la tierra, el aire y el agua.

Lagere, un poderoso dragón azul nacido de las estrellas madre, de aquel fuego azul y aquella colisión sobrenatural; dirigió a las criaturas, en su búsqueda por conocimiento, organizó pueblos y creó ciudades. Separó las razas, les dio nombre, una cultura y un idioma; pues, aquél dragón era más sabio que todas las demás criaturas, nacidas de simples estrellas.

Se dice que Lagere no sólo se reprodujo con otras dragonas, si no que, además de ellas, lo hizo con una humana, y de ella nació quien sería la primera jinete de dragón.

Pero hay un secreto que pocos conocen. Algo que se mantuvo oculto para no ser visto, y empezó a maquinarse sus planes desde el comienzo de la eternidad.

Porque no todas las estrellas se unieron a Hyacintho. Una quedó afuera. Y se vio obligada a probar la oscuridad para que no la obligaran a donar su magia a Hyacintho. Y después de probarla se dejó llevar por ella. Se fundió en su negro manto desterrando la posibilidad de alguna vez poder volver a brillar. Pero ella no quería brillar. Ella quería volver Hyacintho un ser igual de oscuro que su magia. Y no iba a darse el lujo de perder la oportunidad de ser dueña de semejante poder. La Estrella Oscura había surgido.